75 años HOAC

1946
2021

Iglesia y Mundo Obrero
~
75 años de encuentro

ESPERAMOS Y SOÑAMOS EL SUEÑO DE DIOS

Adviento y Navidad
2021

¡Alegraos y regocijaos!

El mensaje que el papa Francisco nos ha dirigido en forma de prólogo al libro publicado con ocasión del 75º aniversario de nuestro nacimiento expresa, una vez más, una invitación a la alegría que no podemos dejar de acoger. Él dice:

La exhortación *Gaudete et exsultate* sobre el llamado a la santidad en el mundo actual comienza con esta invitación tomada del Evangelio (Mt 5, 12): «¡Alegraos y regocijaos!». Hoy quisiera reiterar esa invitación. Alegraos por los 75 años de historia vivida en el empeño de llevar a los hombres y mujeres del mundo obrero, del mundo del trabajo, al encuentro con Cristo Resucitado. Alegraos y regocijaos porque esa corta historia ha sido una historia fecunda, sembrada de vidas entregadas, de semillas de santidad en la vida cotidiana, a través de tantos santos y santas de la puerta de al lado que han vivido en la HOAC su encuentro con Jesucristo, su camino de conversión y su entrega, en la Iglesia, a la misión de anunciar el Evangelio con su vida.

> *Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios*[1].

Hacéis memoria agradecida de vuestra fecunda historia a través de las vidas de algunos de entre vosotros, que son reflejo de esa presencia de Dios que con ternura desbordante sigue cuidando de cada hombre y de cada mujer. Es bueno hacer memoria, ser memoriosos, porque eso nos hace humildes y agradecidos. Nos hace injertarnos en una historia vital y eclesial mucho mayor que nuestra propia historia personal, nos ayuda a ser y sentirnos pueblo, a formar parte de un «nosotros» más grande. Gracias por ser memoriosos.

Los testimonios de vida nos muestran cómo cada cual por su camino, pero todos en comunión porque nadie se salva solo[2], podemos recorrer la historia personal en respuesta a la llamada a la santidad que el Señor nos hace[3].

A esta memoria agradecida por la historia y la vida comenzada hace 75 años Guillermo Rovirosa, su promotor y primer militante, ahora en proceso de beatificación, se refería como la «virtud de escuchar». Qué duda cabe que se trata de una virtud profundamente cristiana.

Es importante escuchar el clamor de los pobres, la vida del pueblo, hacernos cargo de su sufrimiento, acompañar sus vidas, desde la cercanía de la misericordia encarnada, y a la vez escuchar los gritos de la tierra. Y es importante escuchar la voz de Dios que se expresa en esas realidades humanas y nos llega atravesando la historia con una claridad que interpela.

La memoria agradecida que ustedes expresan me lleva también a mí a la gratitud por su fidelidad eclesial a lo largo de su historia, por ese constante vivir y sentir con la Iglesia, aunque no siempre hayan sido comprendidos por ella. Ustedes se saben Iglesia, se saben Acción Católica enviada por la Iglesia a la misión de evangelizar el mundo obrero, el mundo del trabajo. Una misión que es de toda la Iglesia. Sigan siendo esto.

> *No existe peor pobreza material –me urge subrayarlo–, no existe peor pobreza material que la que no permite ganarse el pan y priva de la dignidad del trabajo. El desempleo juvenil, la*

[1] *Gaudete et exsultate*, 7.
[2] *Gaudete et exsultate*, 6.
[3] *Gaudete et exsultate*, 10, 11.

informalidad y la falta de derechos laborales no son inevitables, son resultado de una previa opción social, de un sistema económico que pone los beneficios por encima del hombre, si el beneficio es económico, sobre la humanidad o sobre el hombre, sin efectos de una cultura del descarte que considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar[4].

Lo que dije en el primer Encuentro Mundial de Movimientos Populares en 2014, es todavía más relevante hoy durante y después de la pandemia de covid. El trabajo es una dimensión irrenunciable de la vida social, ya que no sólo es un modo de ganarse el pan, sino también un cauce para el crecimiento personal, para establecer relaciones sanas, para expresarse a sí mismo, para compartir dones, para sentirse corresponsable en el perfeccionamiento del mundo, y en definitiva para vivir como pueblo.

El trabajo es una relación, y tiene que incorporar la dimensión del cuidado, porque ninguna relación puede sobrevivir sin cuidado. Un trabajo que cuida contribuye a la restauración de la plena dignidad humana, contribuirá a asegurar un futuro sostenible a las generaciones futuras Y en esta dimensión del cuidado entran, en primer lugar, los trabajadores.

Sigan cuidando, como Iglesia presente y encarnada en ese mundo del trabajo, de los empobrecidos a causa de la incorrecta comprensión que nuestro mundo tiene del trabajo. Sigan cuidándolos, ayudando a la conversión integral que nuestro mundo necesita experimentar para una correcta comprensión del trabajo desde la sagrada dignidad de la persona.

Sigan impulsando una cultura de la solidaridad que haga cada vez más posible el trabajo decente. Eso es lo que ustedes como Iglesia en el mundo obrero hacen: tejer la solidaria historia de amor de Dios con la humanidad a través de historias personales como las que componen este libro.

Una cultura de la solidaridad, que es pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del Imperio del dinero. [...] La solidaridad, entendida en su sentido más hondo, es un modo de hacer historia[5].

Sigan mirando al futuro, siendo Iglesia plantada en medio de la vida obrera, y sigan tejiendo historias de encarnación y de abrazo. Es bueno narrar historias que nos ayudan a hacer Historia. Las historias que narran ponen de manifiesto la importancia de la gratuidad en sus vidas. La Iglesia sigue necesitando de hombres y mujeres que saben que su entrega es necesaria, aunque no vean el fruto; que su vida es sembrarse y desvivirse para que otros puedan vivir.

Yo los pongo, hermanos y hermanas de la Hermandad Obrera de Acción Católica, ante el amoroso cuidado de María de Nazaret, mujer trabajadora, esposa de un trabajador, madre de un trabajador, capaz de fiarse plenamente de Dios, que hoy sigue alzando de la basura al pobre, hasta el punto de descubrir su amorosa acción liberadora en la historia, y cantar exultante su fidelidad. No se olviden de rezar por mí y por el Sínodo; y como dicen ustedes desde hace 75 años al despedirse: ¡Hasta mañana en el altar!

Fraternalmente.

Franciscus

[4] Encuentro Mundial de Movimientos Populares, 28.10.2014; cf. *Fratelli tutti,* 162.

[5] FT 116.

LA MEMORIA NOS ORIENTA EN ESPERANZA

La mejor manera de celebrar la memoria agradecida de estos 75 años es orientar en esperanza nuestro camino presente y futuro. Esperanza que nos conduce –soñando el mismo sueño de Dios– a hacer de nuestra vida una continua acción de gracias –un compromiso– por el Reino de Dios. La fe es creer a pesar de lo que tantas veces vemos. Es «creer contra toda esperanza»: he aquí, según san Pablo, el carné de identidad del cristiano. Sabe bien que «el hilo de la esperanza», incluso en los momentos más difíciles, «corre a lo largo de la historia de la salvación: es más, es fuente de alegría». Cuando no hay esperanza humana, está esa virtud que te conduce hacia adelante, humilde, sencilla, pero que te da alegría, en algunas ocasiones una gran alegría, otras veces solo la paz. Pero nunca disminuye «la seguridad», porque esa esperanza no defrauda[6].

Y en este Adviento, tiempo de esperanza y de alegría, a pesar de lo que se ve, incluso esperanza y alegría en medio de lo que se vive, la invitación que sostiene y orienta nuestro camino es la que nos hace también el papa a soñar el mismo sueño de Dios: el sueño de la fraternidad, del amor, de la justicia. El sueño del reino de Dios.

CON EL HIJO DE DIOS QUE NACE, SOÑEMOS JUNTOS…

Soñar, y soñar juntos, soñar entre nosotros, tiene más sentido en Navidad, cuando celebramos la razón de nuestro sueño y nuestra esperanza. Dios se hace obrero. De María, mujer trabajadora, esposa de trabajador, madre del Jesús Obrero, nace Dios en medio de la vida obrera.

Su luz ilumina hasta los más oscurecidos rincones de la existencia, y nos desvela las sendas de humanidad que podemos transitar para llegar hasta él y, como los pastores y los magos, reconocerle y adorarle. Su luz ilumina las sendas por las que volver a nuestro quehacer cotidiano convertidos por el encuentro, dispuestos a seguir soñando y a compartir el sueño.

Soñar es descubrir en la pequeñez de lo vulnerable, de lo insignificante y marginal, las semillas escondidas del Reino, las que ya están sembradas en la vida, y aquellas de las que somos portadores –como los magos y los pastores– para ofrecer y sembrar en la vida obrera y eclesial. Es seguir percibiendo los signos frágiles y vulnerables del Reino donde surgen, como un niño envuelto en pañales, en las periferias de la vida. Es percibirlos, reconocerlos, y cuidarlos.

Soñar es vivir la fe en el proyecto del reino, convencidos de que el amor de Dios tiene la palabra definitiva sobre la historia y la humanidad, y que esta es, siempre, una palabra de amor y de vida, de dignidad y esperanza, de comunión y de santidad.

Soñar es poner cauces de realidad a la Esperanza. Soñar es ilusionarnos con el proyecto de comunión que Dios pone en nuestras manos. Soñar es experimentarnos amados por Dios en toda circunstancia de nuestra existencia. Soñar es construir juntos «un mañana más grande». Es hacer Iglesia.

[6] Francisco. Meditaciones Misa Santa Marta 17, marzo 2016.

Soñar es comprometernos en ese mañana posible, en ese presente abierto al sueño de Dios. Es hacerlo con gratitud y con gratuidad generosa. Es hacerlo tejiendo redes, sumando esfuerzos, tendiendo puentes.

Es seguir tejiendo historias de encarnación y de abrazo. Es seguir cuidando de los empobrecidos. Es seguir impulsando una cultura de la solidaridad que haga cada vez más posible el trabajo decente. Es seguir construyendo juntos con nuestras hermanas y hermanos el sueño de Dios, el sueño del Reino. Es seguir tejiendo la solidaria historia de amor de Dios con la humanidad.

Navidad es tiempo de soñar. De gozar de los sueños, y de empezar a hacerlos realidad. Nos insiste Francisco: «¡Qué importante es soñar juntos! [...] Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos». Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos (FT 8).

Que, en este tiempo de Navidad sigamos cuidando del Reino, de los pobres, del mundo obrero y del trabajo, y de la Iglesia. Sigamos soñando. Juntos. Entre nosotros.

COMISIÓN PERMANENTE DE LA HOAC

Me dispongo

“ Tiempo de Adviento. Viene Jesucristo. Primero, viene; después, pasa, y después se aleja. Ahí está la tragedia. Cuando pasa el Señor, la salvación no está en verle pasar, sino en ir con Él

–**Guillermo Rovirosa**, O.C. T.V., 424

“ ¡Qué importante es soñar juntos! [...] Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos». Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos.

–***Fratelli tutti***, 8

Dejo que resuenen los textos anteriores para situarme en la vida

Me sitúo en el corazón de la vida obrera cercana. La recorro a través de un día normal y corriente de mi encuentro con ella. ¿Con quienes me encuentro? ¿Qué esperanzas y luchas hay en sus vidas? ¿Qué angustias, desalientos, desesperanzas...? ¿Cómo viven el deseo de liberación? ¿Cómo me sitúo yo en esas vidas? ¿Qué aporto? Desde esa vida me dispongo a comenzar mi camino de Adviento, acogiendo el sueño de Dios.

Adviento

De las espadas se harán arados
y de las lanzas, podaderas·
Las palabras serán puentes
con los que se salven abismos·
Las memorias difíciles
nos harán más sabios·
Las vivencias felices,
más humanos·

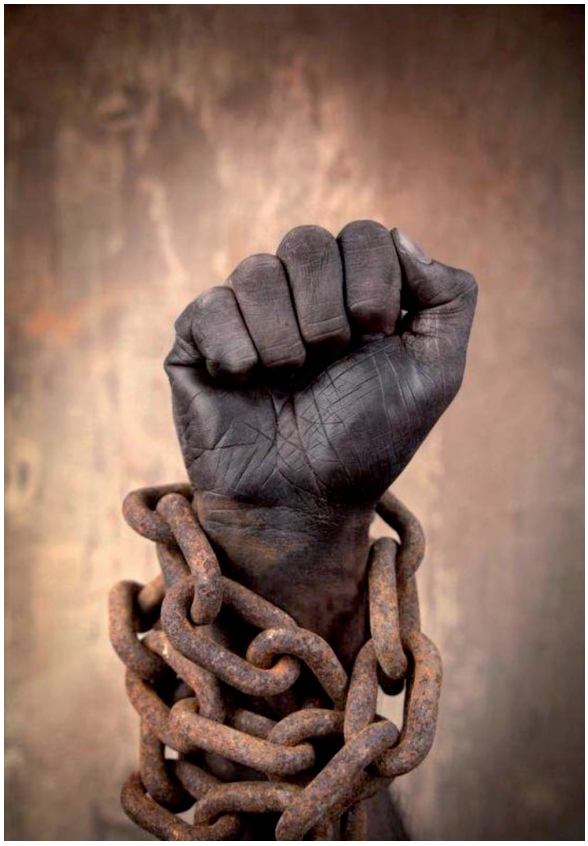
Las preguntas avivarán la imaginación
y las respuestas alumbrarán nuevas búsquedas·
Los enemigos se sentarán, sin rencor,
en una misma mesa,
y desenterrarán motivos para el encuentro·
Se alzará el que se encoge asustado,
y el sobrado bajará de su peana·
El caprichoso
abandonará la edad del ‘quiero’
para adentrarse en la tierra
de la gratitud
y el asombro·

Losas de culpa y remordimiento
estallarán en mil pedazos
cuando la misericordia pose su mano
sobre el corazón de piedra·

El futuro ya está aquí,
donde la espera
es activa
y nos lleva a desenterrar
el evangelio escondido·

(Rezando voy)

La Palabra se pronuncia en mi vida



Lc 21, 25-28.34-36: Alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación.

Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y el oleaje, desfalleciendo los hombres por el miedo y la ansiedad ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo serán sacudidas. Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y gloria. Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación».

Tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones con juergas, borracheras y las inquietudes de la vida, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra. Estad, pues, despiertos en todo tiempo, pidiendo que podáis escapar de todo lo que está por suceder y manteneros en pie ante el Hijo del hombre».

Palabra del Señor

Palabra que da luz a mi historia

Lo que llega a nosotros a través de las noticias muchas veces es expresión de un tiempo deshumanizado, lleno de dolor, de angustia y miedo. Lo que nos llega a través de la vida de nuestras hermanas y hermanos, muchas veces, son expresiones de rendición, cansancio, desesperanza, dolor... La realidad parece deshacer muchas veces nuestros empeños, y ahogar nuestras esperanzas. La realidad parece que se impone irremediablemente, sin que se atisben signos de esperanza.

Y, sin embargo, aunque los datos parezcan empeñarse en negarlo, la liberación es ya una realidad irreversible. El reinado de Dios se irradia a través de tantas personas que trabajan incansablemente, contra toda esperanza, por una sociedad más humana, justa, fraterna y solidaria. Es la otra cara de la historia. La que no sale en los informativos, ni en los titulares de prensa, ni en Twitter, ni se hace viral en las redes sociales. Una historia de salvación que se escribe día a día; que Dios va escribiendo cada día a través de renglones torcidos, con sencillos actos de entrega, de humanidad, de servicio, de escucha, de acogida, de fraternidad, de justicia, de vida… como los que jalonan nuestra vida a lo largo de estos primeros 75 años de existencia.

Para poder escuchar esa historia, para captarla, hay que saber poner atención, hay que saber oír, hay que saber descubrir y leer los signos de los tiempos. Hay que ser «memoriosos». Nos hace falta este Adviento una siempre vigilante capacidad de estudiar los signos de los tiempos (EG 51) como pedía san Pablo VI.

Jesús fue un creador de esperanza. Toda su existencia consistió en suscitar en los demás la esperanza que él mismo vivía. Hoy nos manda un mensaje de alerta: «Levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación. Tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones».

Lo tentador puede ser instalarnos, embotarnos, encerrarnos en nuestra comodidad, sin mayores aspiraciones y problemas. ¡Si pudiéramos conseguir la verdadera felicidad sin complicarnos! ¡Sin necesidad de cambiar nada!… Pero para eso deberíamos insensibilizarnos del todo; cerrar nuestros oídos y nuestros ojos, y nuestro corazón. Justo lo contrario de lo que nos pide Jesús. De la frivolidad y embotamiento que nos propone nuestro mundo solo es posible salir escuchando esa llamada de Jesús: «Levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación. Tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones». Tenemos que enfrentarnos con lucidez y valentía al momento presente.

Para los creyentes en Jesucristo, hecho uno de nosotros, la esperanza no es un conjunto de ilusiones engañosas. Vivimos con esperanza porque queremos tomar en serio la vida en su totalidad, descubriendo las posibilidades que en ella se encierran para el futuro del ser humano. Descubrimos que la Vida es algo inacabado, que es necesario seguir construyendo con esperanza. La verdadera esperanza no engaña ni embota la mente, ni nos desencarna de la realidad cotidiana, ni nos aleja de ningún hombre o mujer.

Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda (EG 275). Nuestro tiempo, este que nos toca vivir es un tiempo de esperanza, de vigilancia, de testimonio; un tiempo para descubrir la cercanía del Señor a nuestra historia.

¿Cómo puedo vivir este Adviento la esperanza, la vigilancia, el estar despierto y atento a lo que sucede en mi vida y en la vida de las personas? ¿Qué necesito contemplar en mi proyecto de vida?

Desde el encuentro con la Palabra, vuelvo a sentir la invitación de Jesús

Tiempo de Adviento, tiempo de liberación

Tiempo de Adviento, tiempo de liberación,
¡Tiempo de anhelada esperanza!
Cuánta falta nos hace, Señor, la esperanza.
Venimos de un tiempo de dolor, muerte y sinsentido.
Toda nuestra realidad fue trastocada y también nuestra fe.
Nos creímos seguros, nos creímos fuertes.
Hemos recibido una cura de humildad, Señor.
Pero es tiempo de levantar nuestra cabeza,
de resurgir de nuestras cenizas porque,
a pesar de todo lo que hemos vivido,
sabemos que Tú, nunca nos has dejado.

Hoy iniciamos el Adviento y necesitamos la esperanza de la fe, Señor.
Necesitamos que Tú nos renueves,
nos contagies de tu alegría y esperanza para llevarla nosotros a los demás.

A Ti, Señor, levantamos nuestras alamas,
A Ti, Señor, dirigimos nuestros corazones.
Fortalécenos.
Renuévanos.
Haznos soñar.
Haznos humildes.
Haznos rebosar de buenas obras.
Haznos superar nuestra mediocridad.
Haznos mujeres y hombres de fe,
que confíen y no teman.
Es Adviento.
¡Tiempo de anhelada esperanza!

(Rubén Ruiz)

Y para que nazca la esperanza, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres

Señor, Jesús...
María, madre de los pobres,
ruega por nosotros.